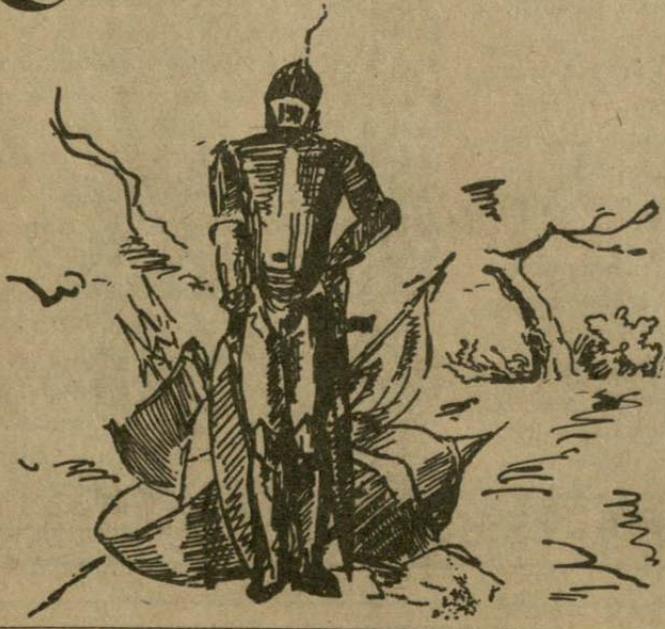


Alexandr
Serguéyevich
Pushkin

EL CABALLERO AVARO

Traducción del ruso de
ALVARO QUESADA



● **ESCENA I** En una torre.

(Alberto y Juan)

ALBERTO: Pase lo que pase, participaré en el torneo. Muéstrame el yelmo, Juan.
(Juan le da el yelmo)
Despedazado, inútil
Despedazado, inútil. No podré usarlo más; necesito uno nuevo.
¡Qué golpe! ¡Maldito sea el conde Delorge!

JUAN: Con la misma moneda le pagásteis: lo habéis hecho caer de los estribos; yacía como un muerto, difícilmente se repondrá.

* En realidad no existe ninguna obra del dramaturgo inglés W. Chenstone sobre este tema. Lo más probable es que Pushkin fingiera esa fuente, para evitar posibles y desagradables comparaciones entre los hechos y personajes de esta "pequeña tragedia", y las relaciones del propio poeta con su padre, célebre por su avaricia. (N. del T.).

ALBERTO:

Su pérdida no es grave:

guarda intacto su peto veneciano, curar su pecho no cuesta un centavo, no necesita comprar otro nuevo.
¡Debí arrancarle entonces su yelmo, cuando no fuera mal visto por el duque y por las damas! ¡Maldito conde! Mejor me hubiera roto la cabeza... También necesito un traje: a la mesa del duque, los caballeros vestían de raso y terciopelo; el único con parches era yo. Justifíqueme diciendo que hoy vine por casualidad, mas ¿qué diré mañana? ¡Ah, pobreza! ¡Cómo humilla la pobreza el corazón! Cuando Delorge con su pesada lanza rompió mi yelmo, y yo, descubierta la cabeza, hundí en Emir las espuelas, avancé como un torbellino, e hice rodar al conde unos veinte pasos, tal un paje diminuto; entonces se levantaron las damas, Clotilde, cubriendo su rostro, lanzó un gemido y anunciaron mi triunfo los heraldos. Nadie hubiera adivinado la causa de toda mi bravura y fortaleza: fue la rabia al ver mi yelmo destruido; la avaricia provocó mi heroísmo.
¡Claro!, no es muy difícil contagiarse viviendo en la casa de mi padre.
¿Cómo está mi pobre Emir?

JUAN: Aún cojea.

Por algún tiempo no podréis montarlo. No hay otro remedio: compraré el Bayo; es bueno y no piden por él demasiado.

JUAN: No mucho; mas no tenemos nada.

ALBERTO: ¿Y qué dice nuestro inútil Salomón?

JUAN: Salomón no prestará más dinero si no se le ofrece garantía.

ALBERTO: ¿Y qué garantía puedo yo ofrecerle?
JUAN: Eso le dije.

¿Y qué?

ALBERTO: Gime; no cede.

JUAN: ¿Le dijiste que mi padre es tan rico como un judío? ¿Qué tarde o temprano recibiré su herencia?

JUAN: Se lo dije.

ALBERTO: ¿Y qué?

JUAN: No cede; gime.
ALBERTO: ¡Que desgracia!

JUAN: Me dijo que vendría.

ALBERTO: Bienvenido, no saldrá de aquí sin pagar rescate.

(Tocan la puerta)

¿Quién es?

(Entra el judío)

JUDIO: Vuestro humilde siervo.

ALBERTO:

¡Amigo

Ruin judío, respetable Salomón, ven, dime: ¿es cierto que no me prestas, que no confías en mí?

JUDIO:

Benigno señor,

con gusto yo os prestara... si pudiera. Mas no tengo dinero, me ha arruinado prestar constantemente a caballeros que no pagan. ¿Podrías adelantarme al menos una parte?

ALBERTO:

¡Ah villano!

¿Tú crees que si tuviera dinero me dispondría a tratar contigo? ¡Basta!

Depón tu terquedad, amable Salomón;
entrégame ahora mismo cien monedas,
y no me obligues a registrarte.

JUDIO: ¡Cien!

¡Si yo tuviera cien monedas!

ALBERTO: Vamos,

¿no te avergüenza negarle dinero
a tus amigos?

JUDIO: Os juro...

ALBERTO: Basta, basta.

Es necedad pedirme garantía.

¿Qué podría darte? ¿La piel de un cerdo?
si tuviera algún objeto que empeñar,
lo habría vendido. ¿No te vale, perro,
la palabra de un caballero?

JUDIO: Mucho me vale, mientras viva el caballero:
es talismán que puede abrir las arcas
de opulentos mercaderes de Flandes.

Mas si entregáis a mí, a un pobre hebreo,
vuestra palabra y (no lo quiera Dios)
morís, vuestra palabra en mis manos
sería tan inútil como la llave
de un cofrecillo sepultado en el mar.

ALBERTO: ¿Crees que ha de vivir mi padre más que yo

JUDIO: ¿Quién sabe? Nadie es dueño de sus años.

Cuatro ancianos encorvados pueden
cargar una tarde con el féretro
de un joven que florecía en la mañana.
Es hombre sano el barón. Si Dios quiere
puede vivir aún veinte o treinta años.

ALBERTO: ¿Deliras, hebreo? Dentro de treinta años
yo estaré en los cincuenta. ¿Para qué

ha de servirme entonces el dinero?

JUDIO: El dinero a cualquier edad es útil.

Es para el joven un siervo expedito

que, sin consideración, malgasta.

Es para el viejo, en cambio, un fiel amigo
que cuida como a las niñas de sus ojos.

ALBERTO: Para mi padre no es siervo ni amigo:

es su señor. Y ante él se inclina
como esclavo argelino, como un perro
de presa. Habita en una inhóspita
perrera, a cortezas de pan y agua;
por las noches no duerme: corre, ladra,
y guarda el sueño apacible del oro
en sus baúles... Mas un día ese oro
será mi siervo, y ya no descansará...

JUDIO: En el entierro del barón correrá
más el oro que las lágrimas. ¡Que Dios
os repare una pronta herencia!

¡Amén!

ALBERTO: Aunque tal vez...

JUDIO: ¿Qué?

ALBERTO: Digo que hay tal vez

un medio...

ALBERTO: ¿Qué medio?

JUDIO: Pues... yo conozco

a un viejo hebreo, boticario, pobre...

ALBERTO: ¿También un usurero, o es más honrado?

JUDIO: No, caballero; es otro su comercio...

Prepara él unas gotas... cuyo efecto,
os aseguro, es prodigioso...

ALBERTO: ¿Cómo?

JUDIO: Bastan tres gotas en un vaso de agua...

Ni su color ni su sabor se advierten,

y la persona, sin sufrir heridas,

sin malestar, sin dolor, se muere.

ALBERTO: Tu amigo comercia con veneno...

JUDIO: Pues,

sí... veneno.

ALBERTO: Y en lugar de dinero

me ofreces doscientos frascos de veneno.

Por cada frasco una moneda. ¿Así?

JUDIO: Podéis burlaros de mí si lo deseáis...

No, yo pensé... que tal vez vos... Que tal vez
el barón ya había vivido bastante.

ALBERTO: ¿Cómo? ¡Envenenarlo! ¿Y osas a un hijo...?

Juan, deténlo. ¿Cómo osas proponerme...?

¿No sabes, alma de judío, perro,
serpiente, que te colgaré ya mismo
del portón?

JUDIO: ¡Piedad! Perdonadme, señor,

que fue una broma.

ALBERTO: Juan, trae una cuerda.

JUDIO: Bromeaba, señor... Os traje dinero...

ALBERTO: ¡Fuera, perro!

(Sale el judío)

Mira adónde me lleva

la avaricia de mi padre. ¿Oíste

la propuesta del judío? Trae vino,

tiemblo todo... Sin embargo, no tengo,

Juan, dinero; ve busca al ruín judío,

recibe sus monedas. Pero antes

traéme un tintero: haré al pícaro

un recibo. Y no dejes que entre aquí

ese Judas... Mas, no, aguarda, que tendrán

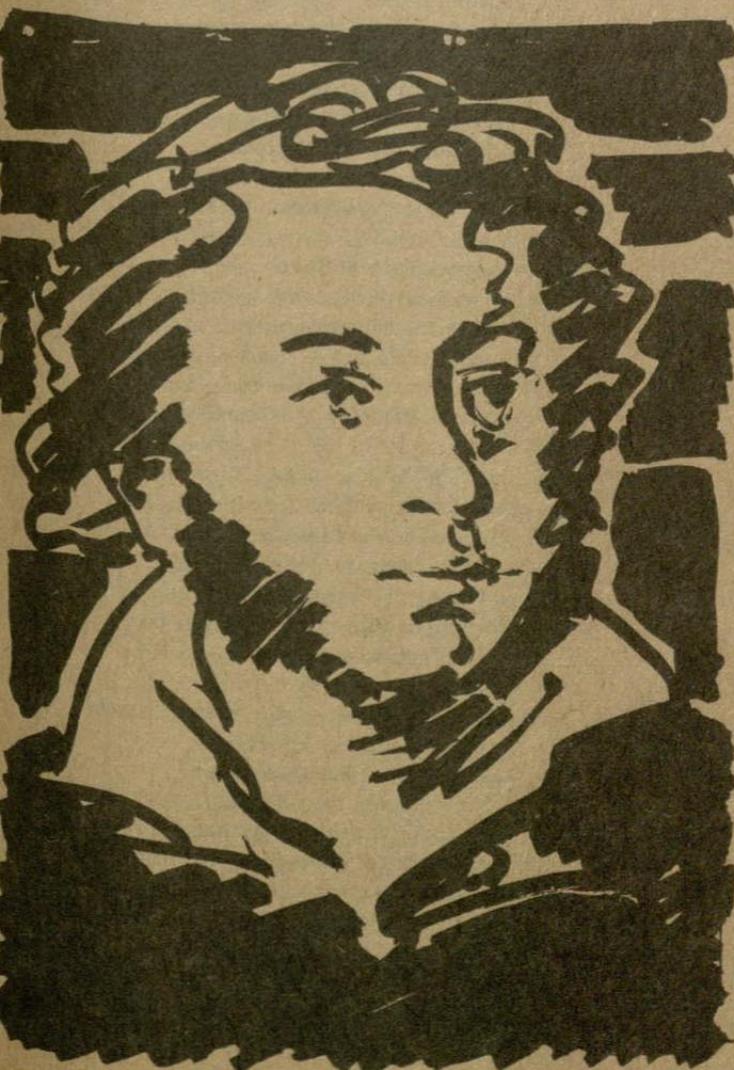
olor a veneno esas monedas,

como las treinta de su antecesor...

Pedí vino.

JUAN: No nos queda una gota

de vino.



ALBERTO: ¿Y el que envió de regalo,
desde España, Ramón?

JUAN: Hoy por la tarde
llevé al herrero enfermo la última
botella.

ALBERTO: Ah, sí, ya recuerdo, lo sé...
Entonces trae agua. ¡Qué vida atrocidad!
¡Basta! No aguanto más; pediré al duque
justicia. Que mi padre me mantenga
como a un hijo; no como a un ratón
que arrastra su existencia en subterráneos.

•ESCENA II Un sótano

BARON: Como el galán que aguarda su cita
con una cortesana libertina,
o una ingenua niña seducida; así
aguardo todo el tiempo el instante
en que visito mis secretas arcas.
¡Feliz ocasión! Hoy agrego al sexto
de mis cofres (un cofre aún incompleto)
otro puñado de oro reunido.
No es mucho, mas crecen los tesoros
poco a poco. Leí una vez que un rey
ordenó acumular a sus guerreros
puñados de tierra en un mismo sitio,
y edificó ese rey un monte altivo
y contempló desde su cima el valle
y el fulgor de sus blancos pabellones
y el ancho mar poblado de bajeles.
También yo, con el humilde puñado
de mis diarios tributos, construyo
en mi sótano una altiva colina
y oteo desde su cumbre mis dominios
infinitos. Incógnito demonio,
desde aquí yo gobierno el mundo entero:
Puedo, si quiero, edificar palacios
y colmar sus magníficos jardines
con el correr fogoso de las ninfas;
puedo imponer a las musas tributo,
y esclavizar la libertad del genio;
la virtud y la labor paciente,
han de esperar sumisas mis designios;
con un silbido acudirá, tímido
y dócil, el delito ensangrentado,
me lamerá las manos y leerá
en mis ojos la señal del amo.
Todos me obedecen —y yo a nadie.
Más allá del deseo, sosegado,
conozco mi poder; y esa conciencia
basta...
(Mirando su oro)

Pareciera que no es mucho.
Pero, ¿cuánto pesan los sufrimientos
y engaños, las lágrimas, plegarias,
maldiciones, que provocó en los hombres?
He aquí un doblón antiguo. Me lo pagó
no hace mucho una viuda. Pero antes
gimió, con sus tres hijos, muchas horas,
de rodillas frente a la ventana.
Llovía, y dejó de llover, y llovió
de nuevo, y la mujer no se iba...
Ya pensaba en echarla, cuando supe
que pagaría la deuda de su esposo
para evitar la condena y la cárcel...
¿Y este que entregó Thibaud? ¿Acaso
pudo haberlo ganado ese pillo,
ese holgazán? Lo robó. O quizás,
en la calle, o en el bosque, una noche...
¡Ay!, si todas las lágrimas, el sudor,

la sangre, por este oro derramados
brotaran de la entraña de la tierra,
un nuevo diluvio anegaría
mis fieles subterráneos. Debo irme.
(Va a abrir el baúl)
El temblor y la fiebre me estremecen
cada vez que vengo a abrir mis arcas.
No es el miedo. ¡No! Yo no temo a nadie:
tengo mi espada, y su honrado acero
resguarda mi oro. Mas me oprime
el pecho una emoción extraña...
Según dicen los médicos hay hombres
qué encuentran en el crimen un disfrute.
Al introducir la llave en mi baúl
siento lo mismo que han de sentir ellos
al hundir en la víctima el cuchillo:
terror y placer unidos.

(Abre el baúl)

¡Mi dicha!

(Echa el dinero)

Basta ya de recorrer este mundo,
sujeto a pasiones y menesteres
humanos. Disfrutad aquí el sueño
poderoso y sosegado de los dioses...
Hoy deseo celebrar una fiesta:
arderán mis velas ante las arcas
descubiertas, para que yo disfrute,
solo, el fulgor de sus dorados senos.
(Enciende las velas y abre una a una las arcas)
¡Este es mi reino! ¡Oh mágico esplendor!
Es obediente y firme mi dominio
y da felicidad, honor y gloria.
Este es mi reino... Mas, ¿quién recibirá
cuando muera, su poder? ¡Mi heredero!
¡Un joven derrochador y demente,
amigo de perversos libertinos!
¡El! ¡El! Entrará cuando yo muera
en estas bóvedas mudas y quietas,
seguido por ávidos cortesanos.
Las llaves de mi cadáver abrirán,
entre burlas obscenas, los cofres,
y se escurrirá mi tesoro, entre
agujereados bolsillos de raso,
a profanar recipientes sagrados,
nutrir con bálsamos reales el lodo,
a despilfarrar... Mas, ¿con qué derecho?
¿Acaso nada me costó mi riqueza?
¿Fue acaso una broma; como el jugador
que tirando los dados amontona
monedas? Nadie sabe cuántos duros
sacrificios, pasiones, pensamientos;
cuántos días arduos y noches insomnes
cuesta un tesoro. ¿O cree mi hijo
que tengo el corazón enmohecido,
que jamás siento deseos, que jamás
me remuerde la conciencia —esa fiera
que desgarrar con su zarpa el corazón,
ese huésped indeseable, ese interlocutor
inesperado, ese rudo acreedor,
esa bruja que ennegrece la luna,
abre tumbas y resucita muertos...?
No, tendrías primero que hacerte rico,
para aprender entonces, desdichado,
a guardar lo que adquiriste con sangre.
¡Ay! ¡Si pudiera ocultar a miradas
indignas mi sótano! ¡Si pudiera
retornar de la tumba, como un guardián
fantasma, para velar y proteger
mis arcas, como ahora, de los vivos!

•ESCENA III En palacio

ALBERTO: (Alberto: el duque)
Creedme, majestad, mucho soporté el amargo aprobio de la pobreza, y sólo me quejo porque es demasiado.

DUQUE: Lo creo, lo creo. Un noble caballero como vos, no acusaría si no a su padre. No sois un villano... Id en paz. Hablaré con él a solas, sin que nadie se entere. Le he mandado venir; hace tanto que no lo veo... Era amigo de mi abuelo, y recuerdo cómo cuando era niño me cubría con su enorme yelmo, como si fuera una campana, y me montaba con él en su caballo...
(Asomándose a la ventana)
¿no es él? Ese que viene ahí

ALBERTO: El es, majestad.

DUQUE: Esperad entonces mi llamada, en ese cuarto.
(Sale Alberto. Entra el barón)

DUQUE: Me alegra veros sano y animado, barón.

BARON: Me halaga, majestad, haber podido obedeceros y presentarme ante vos.

DUQUE: Hace tanto, barón, que no nos vemos. ¿Me recordáis aún?

BARON: ¿Yo, majestad?
Como si fuera ahora lo recuerdo... Eráis fogoso, y el finado duque me decía: "Felipe (él me llamaba siempre Felipe) ¿qué te parece, ah? Dentro de unos veinte años, a tí y a mí nos dejará rezagados el niño..." Es decir vos...
Pues debemos renovar nuestra amistad. No visitáis mi corte.

DUQUE: Soy un anciano, majestad. No sirvo ya para los torneos y las fiestas, que vosotros los jóvenes amáis. Pero si Dios nos enviara otra guerra, no dudaría en cabalgar de nuevo, ni dudaría mi brazo tembloroso en desnudar la espada y defendéros.

BARON: Ya conocemos, barón, vuestra lealtad; fuísteis el compañero de mi abuelo, siempre os respetó mi padre, y yo os tuve siempre por leal caballero. Sentáos. ¿Tenéis hijos, barón?

DUQUE: Sólo uno

BARON: No lo vemos nunca. Si a vos os cansa la corte, él tiene edad y condición para visitarnos más a menudo.

DUQUE: Es que no ama la vida mundana. Tiene costumbres hoscas y sombrías; constantemente vaga por los bosques como un joven reno.

BARON: No es bueno vivir tan apartado. Aquí le enseñaremos a disfrutar de bailes y torneos. Enviádmelo. Y haced que disponga de medios acordes con su condición... Os veo ceñudo. ¿Estáis quizás cansado por el largo camino?

DUQUE: No, majestad, no es eso. Es que me habéis turbado... yo hubiera preferido ocultaros lo que ahora me obligáis a confesar sobre mi hijo. Mi hijo, majestad, desafortunadamente, no es digno

de vuestro favor y consideración. Su juventud la emplea en el desenfreno, la disipación...
Eso sucede porque vive solo. El aislamiento, barón, y la inactividad, pierden a los jóvenes. Enviádmelo y aquí olvidará sus bárbaras costumbres. Perdonádmme, pero os aseguro Majestad, que no puedo aceptarlo... Pero, ¿por qué?
Evitad a este anciano... Os exijo decirme por qué razón os negáis.
Porque estoy enfadado con mi hijo.
¿Por qué?
Por un delito grave. Confesadme en qué consiste. Evitadme, duque...
Es muy extraño; ¿os apena confesarlo?
Me apena. ¡Decidme en fin qué hizo!
El quería.... matarme.
¿Qué decís! ¡Mataros! Irá a la justicia, como un vil malhechor. No deseo probarlo. Aún cuando estoy seguro que él anhela mi muerte; aún cuando sé firmemente que él me intentaba...
¿Qué?
Robar.
(Alberto irrumpe en la habitación)
Barón, mentís.

ALBERTO: (Al hijo)
¿Cómo osásteis?
¿Qué haces tú aquí?
¿Y te atreves a insultar a tu padre?
¿Que miento? ¡Delante del soberano!
¿Te olvidas de que soy un caballero?
Mentís.

DUQUE: ¡Invoco la justicia de Dios!
¡Levántalo, y que juzgue la espada!
(Arroja un guante. El hijo lo levanta con presteza)
Gracias. Este es vuestro primer obsequio.
¿Qué veo? ¿Qué cosas suceden ante mí?
¡El hijo acepta el reto de su padre!
¿En qué época he heredado el cetro de los duques? ¡Silencio! ¡Vos, loco; tú, fierecilla: basta! ¡Deteneós!
(Al hijo)
Devolvedme este guante.

ALBERTO: (Aparte) ¿Qué lástima!
DUQUE: ¡Lo defiende con las uñas! ¡Ah, monstruo!
¡Idos, y no oséis aparecer ante mí mientras no os lo pida yo mismo!
(Sale Alberto)
¿Vuestra conducta, anciano desdichado, no os avergüenza...?
Perdonad, majestad... No puedo tenerme en pie... mis rodillas se doblan... ¡Aire! ¡Me ahogo!... ¡Las llaves! ¿Dónde están mis llaves...?
Ha muerto. ¡Oh Dios!
¡Qué horrible siglo, qué horribles almas!

TELON